

-No, he dejado al perro en el corral de mi casa.

Y entonces recuerdo un párrafo que luego releo en Delibes: “Ahora caminaba en silencio, pacientemente, con un espacio de treinta metros entre ambos. El hombre bajo y mísero seguía la línea alta de la ladera. Marchaba en silencio y, de cuando en cuando, sus labios emitían un leve silbido. La perra, al oírlo, volvía la cabeza y le miraba. El miraba también a la perra y había en los dos pares de ojos una mirada recíproca de comprensión” (La mortaja, 1963).

La estampa es austera y el ambiente gélido. A lo lejos se otea el castillo roquero de Atienza. En Somolinos poco hay de este estilo, pero la sorpresa se encuentra en las afueras, concretamente en su laguna glaciara. Bañada en aguas del jovencísimo Bornova, es un estanque natural, de aguas heladas y claras. Una mancha azul... y verde entre las paredes calizas que la circundan, rodeada de carrizales y chopos. La carretera asciende en fuerte pendiente salvando el desnivel del zócalo calizo. Las llanuras cercanas al municipio de Campisábalos, rectas y solitarias, dan una sensación de plenitud.



El reloj marca más de las doce y el sol empieza a calentar, aunque poco. Pinares y pastos se suceden en la carretera que conduce, primero a Cantalojas, que cobija el parque natural del Hayedo de Tejera Negra, y luego a la villa de Galve. El valle va abriéndose. La vacada en el Rejal anuncia el aprovechamiento ganadero de la zona. ¡Pro fin algo productivo!. Las reses de los hermanos Esteban, o de los Arenas de Cantalojas, descansan al pie del cerro en el que se asienta un castillo del siglo XV. Fue construido por la familia Estuñaiga sobre un o anterior del infante Don Juan Manuel. Hoy se ha convertido en una ruina. Manu Leguineche escribe que “Castilla se cae a pedazos y por todas partes brotan

polideportivos y plazas de toros. El castillo sobre el alcor se viene abajo”. La muela de Galve de Sorbe está por completo bañada de un blanco de película. Los campos han cambiado, el terreno es más llano y mejor comunicado. Las casas, con personalidad propia, mantienen ese aire serrano de luces. Las chimeneas despiden humo. En el bar, dos parejas echan una partida de guiñote.

-¡Si hubieras arrastrado antes, no se habían llevado las últimas!, le espeta uno de los jugadores a su compañero.

-Cuéntalas, a ver si vamos de vueltas, contesta el otro.

El día se ha abierto, pero el frío no perdona. Entretanto, el asador del pueblo macera un cabritillo en horno de leña. El tiempo se detiene. La felicidad reluce.

